



## CARTA SEGUNDA.



QUERIDO amigo.—Supongo á V. en el mismo estado de impaciencia en que Miguel de Cervantes deja á sus lectores cuando les describe con el donaire que yo no puedo hacerlo, la furibunda batalla de su héroe y el vizcaino: no hay que extrañarlo, el mundo es una comedia, y los que figuramos en ella unos locos; entremos en materia, y plegue á Dios que el exordio festivo de esta carta no sea para concluir con lamentaciones y llanto.

La noticia de la primera conmocion del pueblo de Dolores llegó á México por la via de Querétaro, sirviendo de conducto los padres crucíferos de propaganda de aquel colegio, y casi juntamente con ella la del arresto del corregidor de letras Lic. D. Miguel Dominguez. Este sugeto gozaba en la capital del mejor concepto, tanto por su literatura y prudencia, como por su desinterés bien acreditado en el oficio de gobierno del Sr. Soria donde sirvió de oficial mayor por muchos años. Por estas circunstancias y otras que desenvolveré en mis relaciones, me contraeré á lo ocurrido en Querétaro en aquellos dias.

A las 10 de la noche del 14 de septiembre de 1810 (dia en que tomó posesion del vireinato de México D. Francisco Javier Venegas) † denunció al corregidor un eclesiástico, que en Querétaro se preparaba una revolucion espantosa, en la que se hallaban mezcladas personas de todas clases, estados y sexos.

Para proceder á la averiguacion de este hecho, Dominguez se asoció con el comandante de armas D. Ignacio García Rebollo. Comenzaron por el allanamiento y cateo de las casas de un sargento, y del paisano *D. Epigmenio Gonzalez*, donde dijo el denunciante que habia prevenidas armas y municiones de guerra. De hecho, se hallaron unas paradas de cartuchos, dos escopetas, dos espadas y una lanza; con mas siete arrobas de salitre purificado, y varias misturas de él en vasos de cristal. Practicadas estas diligencias, y tomadas varias declaraciones, se arrestó á Gonzalez, á su hermano D. Emeterio, á un cajero y dos mugeres. Preparábase el corregidor para continuar el proceso, cuando la mañana del 15 al 16 una faccion de europeos regentados por el alcalde ordinario D. Juan Ochoa, y como trescientos soldados del regimiento de Celaya, auxiliados por García Rebollo, sorprendieron al Lic. Dominguez, y lo condujeron preso al convento de S. Francisco. Mas sea que los frailes no quisiesen abrir las puertas, por no ser aun de dia, ó porque no estaba allí prevenida la prision, lo llevaron luego al colegio de la Cruz, dejándolo en una celda encerrado sin comunicacion, con cuatro centinelas de vista, y un piquete de tropa en la portería, que pudieron escusar, pues siendo españoles los frailes de aquella casa, eran por esta cualidad los mas hábiles para desempeñar la custodia. A la esposa del corregidor la condujo el alcalde á su casa para

† En este dia se celebró en México la exaltacion de la Santa Cruz, y en el diario de esta capital se apostrofa á esta sagrada señal diciendo: „Te pedimos por la felicidad del Exmo. Sr. D. Francisco Javier Venegas, que hoy se encarga del mando de estos dominios: haz que los caracteres que distinguan su gobierno sean. . . la *Paz* . . . la tranquilidad *pública* y el estusiasmo por su rey, patria y religion. . .” Puntualmente este gefe fué para la América la mas pesada cruz que el cielo pudo mandarle: ¡que mal correspondió á los votos que se hicieron por su prosperidad! Con una poca de humanidad que hubiera tenido habria sufocado la revolucion en su cuna. El gobierno español lo condecoró con el título de marqués de la *union*. . . Esto ha sido burlarse de nosotros con una impudencia inesplicable, solo se pudo unir á las furias infernales para que nos despedazasen.

tomarla declaracion, y despues la trasladó al convento de Santa Clara, á pesar de que se hallaba grávida, y de que dejaba abandonada su numerosa familia, compuesta de once hijos, que estuvieron igualmente presos; pero con tal rigor, que la guardia de las casas consistoriales y centinelas de vista puestas en los corredores, no permitian que pasaran sus hijas ni aun á lo interior de la casa á mandar á los criados de ella.

Instruido el virey del estado de agitacion de Querétaro, y visto en extracto lo actuado por Dominguez, llamó á su consejo privado al oidor D. Guillermo de Aguirre y Viana con quien se le habia prevenido por la regencia mercantil de Cádiz que consultase. Este ministro que hasta entonces habia triunfado completamente en la faccion de Iturrigaray, de que fué el alma, habia concebido por lo mismo el mas alto desprecio de los americanos: equivocaba groseramente su natural modestia con la vilísima cobardía. Por tanto, cuando oyó la relacion de la boca de Venegas, y notó que este presentia lo que iba á suceder, procuró calmarlo diciéndole, que la gente del pais era una canalla tan ruin y valadí, que bastaria sonarles un pergamino con un palo como á los borricos para espantarlos y que huyesen despavoridos: que en el caso, lo que convenia hacer, seria mandar al alcalde del crimen D. Juan Collado á Querétaro con un escribano y algunos porquerones, para que allí substanciase la causa contra el corregidor, no menos que contra los que resultasen culpados, y en estado de sentencia la remitiese. Aceptó el virey el consejo así como Collado el nombramiento, y este lo confirió de escribano á D. José María Moya, y de corchete mayor á D. Antonio Acuña que en México desempeñaba la plaza de capitan de sala. Con tales individuos, media resma de papel sellado de oficio, y veinte soldados del escuadron urbano de caballería, partió este tribunal volante para Querétaro. No habria obrado de otra manera Felipe II, aquel Felipe que decia que para sojuzgar á los españoles no necesitaba de ejércitos, sino que le bastaban los pergaminos y sello del su consejo que les imponian y hacian temblar, y de las viejas que lo cuidasen; pero si el escurialense se engañó con respecto á los restos de sus desgraciados comu-

ros y flamencos sublevados, no menos se equivocó Venegas con los querellosos americanos. Todo conspiraba entre estos á hacer que la revolucion soprase con la furia del huracán por todas partes. El virey convocó á una junta general de ministros y corporaciones para la mañana del lunes 17 de septiembre, á la que para darla mayor esplendor, concurrieron el Arzobispo ex-virey Lizana, el ex-virey Garibay, el teniente general de marina D. José Bustamante, que marchaba harto mohino de presidente á Guatemala, pues en Cádiz se le hizo creer que venia de virey á México. Colocados pues estos personajes en soberbios asientos con cojines, y puesto á la cabeza de la audiencia de regente el oidor Aguirre, Venegas informó á la junta del estado *brillante* que tenia la causa de España (y esto es que estaba reducida á solo á Cádiz y la Isla, y con todo el poder de Bonaparte encima, que no dejaba de mandarles sus bombas.) Hízolo todo esto con tal tono de elacion, orgullo y desprecio como si hablase á esclavos, y con el mismo pidió. . . niñería! veinte millones de pesos por préstamo. Para acabar de despechar á los circunstantes y consumir el insulto mas incivil é infame que se nos pudiera hacer, hizo que se leyese una lista ó sea factura de gracias concedidas por el gobierno mercantil de Cádiz á todos los que se sublevaron contra su predecesor Iturrigaray: acuérdomeme de algunas. La gran Cruz de Cárlos III, al Arzobispo Lizana: otra idem á Garibay. Títulos de Castilla á D. Gabriel Yermo, D. Diego de Agreda, D. Sebastian de Heras Soto, y D. José Mariano Fagoaga. Honores de oidor al memorable *Juan Martín de Juan Martiñena*: de inquisidor de México al P. D. Matías Monteagudo y D. Manuel de Lardizabal. Tratamiento de Señoría de palabra y por escrito á los dignidades que son y fueren de México, y á los canónigos que obtienen y obtuvieren las canongías doctoral, penitenciaria, lectoral y magistral, y qué sé yo que otra procesion de distinciones se leyeron, y que V. puede ver en el diario de 25 de septiembre de dicho año.

Por aquellos mismos dias se hallaba en México el regimiento de dragones de este nombre, y su coronel D. Miguel Empan vivia con el regente Aguirre. Dicho gefe pidió con instancia se

le dejase marchar con rapidez sobre el cura Hidalgo, mas se desatendió su solicitud; él temia por lo que acababa de suceder á su hermano el general de Caracas en la revolucion del jueves santo en que fué depuesto. Por un error inconcebible, creyó el virey cuanto le dijo Aguirre, y que todo lo calmaría Collado en Querétaro. Si Emparan hubiera partido de México como anhelaba, él habria conjurado el nublado que estaba entonces sobre los campos de Celaya, y amagaba á Guanajuato. El virey tuvo que arrepentirse en breve de su nímia credulidad. La insurreccion cundia por todas partes, y se multiplicaban las noticias de ella como las que llevaban los mensajeros á Job. Una de ellas fué que el Lic. Aldama de la villa de San Miguel el Grande habia interceptado una gran remesa de pólvora que de cuenta de la real hacienda caminaba para Guanajuato. El arriero *Platas*, hombre de calma, y que seguramente no hizo el entrego con mucha repugnancia, se presentó con esta noticia, y á lo que entendió habria hecho tradicion generosa de toda la casa mata de Santa Fé, segun su pergeño. Entonces conoció el virey su engaño, y maldijo á su aulico: mandó que á la mayor brevedad viniese de Puebla á marchas dobles el regimiento de dragones provinciales de aquella ciudad. La vista de este cuerpo sorprendió en México, así por lo bien equipado de su gente, como por lo selecto de sus caballos. A la sazón estaba en la capital D. Manuel Flón, conde de la Cadena, que habia venido á dejar al virey como tenia de costumbre hacerlo con sus predecesores, y mostró desde luego mucho encono contra la insurreccion, ofreciéndose á conducir á tierra-dentro un grueso de tropas para destruirla. Era este gefe respetado por impávido é inexorable; presentábase con un aspecto sañudo é imponente, y estaba en posesion de tener á los poblanos de la brida: su conducta estaba saneada en cuanto á manejo de intereses, no menos que acreditado su amor á la justicia; ni estaba menos acreditada su ilustracion y liberalidad de ideas políticas; así es que los americanos creyeron en un principio tener en él un apoyo de su independencia, no contando con el cambiamiento que todos los hombres tienen cuando lo demandan las circunstancias. Igual error tuvie-

ron respecto de los señores Abad Queypó, Riaño, Abarca y aun respecto del mismo Calleja, mutacion en que tuvo grande influjo el inesperado triunfo de los españoles en Baylén. Efectivamente, creyeron que habia renacido la época del Cid, del gran capitán, del viejo duque de Alva, y de otros personajes que en el siglo 16 impusieron al antiguo continente.

El miércoles 26 de septiembre salió de México el regimiento completo de infantería de la corona con cuatro cañones de á cuatro bajo la direccion del teniente coronel de artillería D. Ramon Diez de Ortega, y con direccion á Querétaro. El virey cometió la impolítica de confiar el mando de dicha infantería al conde de la Cadena, despreciando al coronel de ella D. Nicolás Iberri, á pesar de haberse mostrado éste adicto á la causa de los españoles, tan solo porque era americano. Dentro de breves dias salió tambien el de dragones de México, provinciales de Puebla, y columna de granaderos. Componíase este cuerpo de dos batallones de á siete compañías cada uno, formado de lo mas granado de la infantería de los regimientos provinciales: habíase mantenido en servicio desde su segunda reorganizacion hecha por el anciano Garibay que lo hizo venir para seguridad de su persona, y así es que conservaba la mejor disciplina, habiendo estado campado ora en el Encero, ora en Jalapa, y finalmente en Paso de Ovejas al mando del brigadier D. Cárlos Urrútia. Mandáronse asimismo venir los regimientos de infantería de Puebla, Tres Villas y Toluca: el primero llegó á poco que el virey Venegas, el segundo entró en México el dia 2 de noviembre; mas el de Tlascala quedó en Orizava. De las tripulaciones de los buques que habia en la bahía de Veracruz y de la fragata Atocha en que vino el virey, se formaron dos batallones de marina, teniéndose por gefe de esta tropa al brigadier D. Rosendo Porlier. Si los provinciales de Puebla sorprendieron en México por su aseo y buen equipo, estos por el contrario, por su desnudez y abandono, y sobre todo por su lenguaje de abominacion é impiedad; jamás pasó por la imaginacion á los mexicanos que mas allá de los mares y en la culta España naciesen hombres de partes tan estrañas y maneras tan grotescas, como si tuvieran su cuna en la Syberia.

El 23 de septiembre llegó el alcalde Collado á Querétaro. Aunque iba prevenido contra el corregidor Dominguez, apenas examinó la causa cuando luego conoció la inocencia del acusado: ni se limitó á ponerlo prontamente en libertad, sino que además lo restituyó al ejercicio de su magistratura en la que permaneció todo el tiempo del vireinato de Venegas. En vano procuraron seducir á Collado los informes y respetos de algunos malos y poderosos europeos contra Dominguez; él era de una integridad á toda prueba: sin embargo, tan loable conducta de este magistrado español no fué estimada dignamente por Venegas, que oyó sus relaciones sobre los hechos de los europeos de Querétaro con desagrado, y mandó separarlo de la audiencia, á pretexto de que estaba nombrado regente de la de Caracas, previniéndole marchase sin demora, ¿pero cómo pudiera hacerlo estando toda la Costa firme independiente, y de consiguiente impenetrable para todo magistrado europeo? Demos un paso adelante y coloquémonos con la imaginacion en Guanajuato.

Despachado por el intendente Riaño el comisionado Camargo, comenzó á dar sus disposiciones de resistencia. Colocó tropa en las trincheras, y el resto con los europeos, parte en la plazuela de fuera de la Alhondiga, y parte en la azotea en la que fijó bandera de guerra. Formó la caballería dentro de las trincheras, distribuyó las municiones, y dió á la tropa un corto refresco: no faltaron algunos sacerdotes que se presentaron y confesaron á los que se decidieron á morir cristianamente. Notábase en medio de estas disposiciones, que así en las alturas como en derredor del fuerte habia mucha gente de la plebe sentada, y tan tranquila, como si esperasen ver una corrida de toros. Semejante indiferencia ó apatía en tal sazón, pudo muy bien enseñar á aquellos españoles pertinaces, todo el mal que debían prometerse de tan curiosos espectadores; mas su orgullo solo les hacia entrever un triunfo seguro: un filósofo viera una ruina inevitable.

A la una de la tarde comenzó á entrar el ejército del cura Hidalgo por la calzada, (si puede dársele este nombre á una turba confusa de muchos indios honderos, flecheros y garroteros.)

Presentábanse muchos armados de lanza y machete, y pocos con fusiles. Véanse entre estos los dragones de la reina de S. Miguel el Grande, y parte del regimiento de infantería de Celaya, que á la entrada de Hidalgo en aquella ciudad se le incorporó, quedándose otro batallón en Querétaro, al mando de los españoles, fuerza que como dijimos, sirvió para el arresto del corregidor. No podré fijar el número de las tropas del Sr. Hidalgo, creese con probabilidad que llegasen á veinte mil hombres.

Para que V. pueda formar idea del ataque, es preciso que la tenga antes de la fortificacion de Granaditas. Comunicábase esta por una puerta de la hacienda de platas nombrada *Dolores*, cuya noria y bardas dominaban la calzada, por cuya ventaja comenzaron desde allí los españoles á hacer fuego, y mataron tres indios. Visto esto por el ejército, se dividió en dos trozos, parte de los de á pié y caballería tomó por detrás de *Pardo* para subir al cerro de S. Miguel, bajando los primeros por el punto que llaman del *Venado*, y los segundos por la calzada de las *Carreras*. El otro trozo de á pié tomó por detrás de la hacienda de *Flores* para subir al cerro del *Cuarto*. De trecho en trecho se veían banderas de todos colores, que parecian mascadas con una estampa de nuestra Señora de Guadalupe en el centro. Los de á pié se colocaron sobre las azoteas, y en sitios donde alcanzaba la honda. Otros en el rio quebraban piedras y las daban á los provedores, que como hormigas subian por todas partes. Era tal la pedrea que menudeaban, que no se daban punto de reposo; de modo que concluida la accion se notó que el pavimento de la azotea y patio, tenia el alto de una cuarta de dichas peladillas arrojadas. El trozo de caballería que bajó por las Carreras, seria como de dos mil hombres, los que apoderándose de la cárcel, pusieron en libertad á mas de cincuenta criminales, y á otros muchos de delitos menores: hicieron lo mismo en las *Recojidas*, y á todos los llevaban por delante con direccion hácia á la Alhondiga gritando: ¡viva nuestra Señora de Guadalupe! ¡Viva la América! A su tránsito por las calles gritaban que abriesen las puertas, rompieron las de la confitería de Zenteno, y repartieron los dulces al pueblo.

Comenzó, pues, la accion situándose los honderos en sus puestos, y los fusileros en los cerros del *Venado* y del *Cuarto*. El fuego era vivísimo, y aumentaba el pavor que causaba el silbido de las balas, la espantosa grito de la plebe, unida ya con los indios. El fuego de los sitiados no era menos infernal, y como certero y dirigido sobre grandes masas de gente, hizo tanto destrozo, que las trincheras estaban llenas de muertos. Sin embargo, los asaltantes cobraron con la horrorosa vista de estos tal ánimo, que emprendieron el asalto por viva fuerza, y lo consiguieron como á la media hora de comenzada la accion. Por tanto quedó al descubierto la caballería de los españoles; sus gefes intentaron en vano maniobrar con ella, porque no fueron obedecidos de sus soldados; el intendente tocó retirada replegándose á lo interior del fuerte, y los indios se apoderaron de los caballos. Notó el Sr. *Riaño* que el centinela de la puerta habia abandonado el puesto dejando allí el fusil; tomólo remplazando á dicho centinela y comenzó á hacer fuego con su arma. Un cabo de Celaya reparó en el denuedo y brio con que evolucionaba aquel militar, que además llamaba la atencion por lo bien agestado: dá pues un brinco para tomar un mampuesto, le mete el punto, y dispara con tanto acierto, que le entró la bala arriba del ojo izquierdo, y además descalabró con la misma á un cabo del batallon de Guanajuato que estaba á sus espaldas: así murió el intendente *Riaño*. Recojieron sin demora su cadáver, y lo condujeron al cuarto número 2 donde se representó una escena harto dolorosa: abrazóse de él su hijo D. Gilverto; despechado tomó una pistola para matarse, pero los que le acompañaban le ofrecieron poner en el punto mas peligroso para vengar la sangre de su padre; esta oferta le calmó un tanto, y marchó luego á desatar su furia sobre sus enemigos.

Luego que murió *Riaño* se cerró la puerta de la *Alhondiga*: se dividió su guarnicion y ocupó las ventanas y puertas de la hacienda de Dolores, desde cuyos puntos hacia un fuego vivo y estragoso por todas direcciones. Entonces los americanos comenzaron á dar barrenos en una esquina del edificio, para penetrar por el caño principal, é introducirse en lo interior. Aquí mos-

traron el vigor propio de unas tropas familiarizadas con el fuego y los combates mas árduos, así como el pueblo su mas exaltado patriotismo. El general Hidalgo convencido de la necesidad de penetrar en lo interior de *Granaditas*, nada omitia para conseguirlo. Rodeado de un torbellino de plebe, dirigió la voz á un hombre que la regentaba y le dijo. . . . *Pípila*. . . . *La patria necesita de tu valor. . . . ¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhondiga?*. . . . La empresa era arriesgada, pues era necesario poner el cuerpo en descubierto á una lluvia de balas; *Pípila*, este lépero comparable con el carbonero que atacó la *Bastida* en Francia, dirigiendo la operacion que en breve redujo á escombros aquel apoyo de la tiranía, sin titubear dijo que sí. Tomó al intento una losa ancha de cuarton de las muchas que hay en Guanajuato; púosela sobre su cabeza afianzándola con la mano izquierda para que le cubriese el cuerpo; tomó con la derecha un ocote encendido, y casi á gatas marchó hasta la puerta de la *Alhondiga*, burlándose de las balas enemigas. No de otra manera obrara un soldado de la décima legion de César reuniendo la astucia al valor, haciendo uso del escudo, y practicando la evolucion llamada de la tortuga. . . . *¡Pípila!* tu nombre será inmortal en los fastos militares del valor americano; tú cubierto con tu losa, y armado con una thea, llamarás la atencion de las edades venideras, y recibirás el voto que se merece el valor denodado: quisiera tener la pluma hermosa de *Plutarco* para parangonarte con uno de sus héroes; recibe sin embargo mi pobreza, y el voto de mi corazon agradecido.

Los españoles se defendieron en esta vez desesperadamente. Ellos arrojaban los frascos de hierro colado, en lugar de bombas que hacian espantoso estrago; mas como notase el sargento mayor *Berzabal* que ya se habian lanzado hasta quince de ellas sin lograr que los asaltantes retrocedieran, comenzó á exhotar á los españoles á rendirse. Entonces, de estos unos arrojaban dinero por las ventanas sobre la multitud; otros abandonaban las armas; otros querian morir antes que entregarlas; quien tiraba la casaca; quien, se empeñaba en desfigurarse por no parecer soldado: todo era entonces confusion y desórden, no habia quien

mandase, ni quien obedeciese; cesó por tanto la defensa del fuerte, y á poco cayó muerto Berzabal de un balazo; desgracia que se atribuyó á uno de sus soldados resentido porque lo habia reprendido. Con gran trabajo se hizo entonces bandera de paz, bien que todavía no ardian las puertas del fuerte en el que cesó el fuego de fusileria. Por tanto se arrimaron á él los indios dándolo por rendido. Ignoraban los españoles de Dolores esto que pasaba en Granaditas, y continuaban disparando vivísimamente. El hijo del intendente sin poderlo contener, hacia por sí mismo gran daño arrojando frascos: á vista de esto gritaron todos como si los inflamase un mismo espíritu, *traicion!* . . . *traicion* y los gefes dieron orden de no otorgar la vida á nadie. Arrimaron mas ocote á las puertas, y las ganaron á viva fuerza á las tres y media de la tarde. La algazara era espantosa, y se oía en todo Guanajuato, multiplicándose su eco por las quiebras y cañadas: esto no menos que la humareda y alaridos de la multitud, acabó de acobardar á cuantos se hallaban dentro del fuerte. Abrazábanse unos á otros de los sacerdotes puestos de rodillas, implorando inútilmente la clemencia de los vencedores; pero estos, muy lejos de apiadarse, comenzaron á matar á cuantos encontraban; arrancaban á tirones la ropa á los moribundos, ó les echaban lazo al cuello con las hondas, y remataban á no pocos á lanzadas, exhalando estos sus últimos suspiros entre horribles gestos, mortales congojas, y agudos alaridos. Algunos intentaron defenderse, ó vender á precio alto su vida; pero eran vencidos luego por la muchedumbre que los cargaba. Los de la hacienda de Dolores intentaron salirse por la puerta falsa que cae al puente de palo; pero cuando iban en las caballerizas la echaron abajo los indios, y allí comenzó de nuevo la matanza. Refugiados los mas en la noria hicieron maravillas de valor; Iriarte, aquel Iriarte encargado por Riaño para observar los pasos del Cura Hidalgo, mató como diez y ocho hombres: otros se arrojaron al profundo de la noria, donde murieron ahogados, buscando en esta clase de muerte el alivio que no les permitia encontrar el acero ó la maza de sus airados enemigos.

A las cinco de la tarde terminó la accion, en la que murieron ciento cinco españoles, y casi igual número de los oficiales y soldados del batallon. De los indios murieron muchos en casi cuatro horas de combate que sufrieron con bastante cercanía del fuego: ignórase el número, porque los enterraron en la caja del rio durante la noche, [y solo] parecieron cincuenta y tres que se enterraron á otro dia en la parroquia, y unos cuantos en S. Sebastian. X  
Vp-57

Basta por ahora: la pluma cansada de escribir tantas atrocidades se entorpece; démosle una corta tregua, y solo lamentemos la imprudencia de aquel castillo y de los que dieron la voz de . . . *morir ó vencer*, y compadezcamos una ceguedad tan fatal que atrajo tantos males sobre nuestra América. ¡Oh! si Guanajuato no hubiera rompido esta lid! . . . ¡Si se hubiera conducido con cordura! . . . ¡Si los españoles hubiesen calculado el estado de sus fuerzas, su impotencia para contener el curso rápido de una nacion que reclamaba con tanta justicia su libertad, qué diferente fuera nuestra suerte! Romper con un pueblo, muy poco cuesta; pero reconciliarse con él, restaurar y consolidar una amistad borrada por el odio. . . . establecer una relacion íntima de hermanos, y tornar á amigos y enemigos en una sola familia, es cosa dificilísima; tales fueron las reflexiones que debieron hacer los que fueron requeridos con la paz.

Como yo he visitado estos lugares, la relacion que acabo de hacer á V. dejó grabada en mi alma una sensacion dolorosísima y profunda luego que la escribí: tan cierto es que la imaginacion domina la mayor parte de nuestros afectos y sentimientos. Sorprendióme el sueño meditando sobre ella, y se me figuró que veía entre aquellos cadáveres y miembros palpitantes, á los genios de *Cortés*, de *Alvarado* y de *Pizarro*, que se mecian despaivoridos observándolos, y que lanzándose llorosa sobre ellos la América con voz terrible les decia. . . . ¿De qué os horrorizais á vista de estas víctimas? ¿Habeis olvidado las crueles matanzas que hicisteis tres siglos há en Tabasco, en *Cholula*, en el templo mayor de México, en *Cuernavaca*? . . . ¿Han desaparecido de vuestra memoria las ejecuciones de *Cuauhpopoca*, á

TOM. I.—7.

quien quemásteis vivo? ¿El arresto de Motheuzoma, á quien debiendo la hospitalidad mas generosa, y que os cargase y abrumase con el peso de innumerables riquezas y tesoros, prendísteis en su mismo palacio, violando el sagrado derecho de la hospitalidad y por último le quitásteis á puñaladas la vida? ¿La tortura en que pusísteis, á *Cuauhtimoc*, † último monarca de este imperio, para que os descubriera el tesoro de su predecesor? Últimamente ¿habeis olvidado que lo ahorcásteis en Acálan juntamente con otros monarcas ilustres, sin mas causa que deshaceros de ellos, hecho de que os acusó vuestra misma conciencia, y por el que estuvísteis desabrido por muchos dias? . . . ¿Ignorais acaso que en la balanza del gran *Teotloquenahuaque* ‡ se pesaron estos crímenes, y que reservó su venganza para mis abatidos y esclavizados hijos, despues de tres centurias de años? . . . ¡Ea, sus! . . . girad ya en torno del universo, y anunciad á los sangrientos conquistadores la escena que habeis presenciado: de-

† Cuauhtemotzin rey de México, Coanacotzin rey de Alcolhuacan, y Tetzpancuetzalzin Rey de Tlacopan, fueron ahorcados en un arbol por sentencia de Cortés en Izancanac, ciudad capital de la provincia de Acálan, en uno de los tres dias precedentes á la cuaresma del año de 1525, (es decir el 26 de febrero segun el padre Betancurt.) La causa de sus muertes fué cierto discurso que tuvieron entre sí sobre sus desgracias, insinuando cuan fácil les seria si quisiesen matar á Cortés y todos los españoles, y recuperar su libertad y sus coronas. Un mexicano traidor por congraciarse con el general español, le dió noticia de todo, alterando el sentido de las palabras, y representando como una conjuracion ordenada, lo que no habia sido mas que un mero discurso al aire. Cortés que se hallaba de viaje ácia la provincia de Comayagua con pocos españoles debilitados por el trabajo, y con mas de tres mil mexicanos que llevaba consigo, se persuadió que no habia mas remedio para evitar el peligro de que se creia amenazado, que quitar la vida á los tres reyes. Esta ejecucion [dice Bernal Diaz] fué demasiado injusta y vituperada de todos nosotros, los que con él viajábamos en aquella jornada. Causó á Cortés una gran melancolía y algunas vigiliás. El mismo autor añade que el padre Juan de Varillas, religioso del órden de N. S. de la Merced, los confesó y confortó en el suplicio; que ellos eran buenos cristianos, y que murieron bien dispuestos por lo que es manifesto que habian sido bautizados aunque entre tantos historiadores de México no hay ninguno que haga mención de un suceso tan notable, y tan glorioso como el bautismo de estos tres reyes.

‡ Lo mismo que el Dios por quien vivimos, somos y nos movemos, criador omnipotente de todas las cosas.

cidles que sean justos, que respeten á los pueblos inocentes, que no sean agresores ni abusen de su miseria y docilidad, pues. . .

*De esta suerte sus crímenes injustos*

*Castigados serán, tanto por tanto,*

*Sangre con sangre, llanto en fin con llanto.*

Dada idea de lo principal del ataque de Granaditas, es ya tiempo de descender á algunos pormenores, que den el último funesto colorido á este cuadro.

Muchos de los prisioneros salieron vivos, pero encueros, y solo apareció de entre ellos vestido el capitán Pelaez que tuvo arte para hacer creer sus á aprehensores que el Sr. Hidalgo lo queria vivo, y habia ofrecido 500 ps. al que se lo presentase de este modo: † así es, que para recabar el premio, lo cuidaron mucho. Si entonces hubiera muerto, no nos hubiera hostilizado despues altamente. Tal es la recompensa que hemos recibido de muchos ingratos de esta calaña para quienes el perjurio ha sido una bagatela despreciable. Es inútil referir circunstancia-damente quienes fueron los principales heridos: bastará decir que si estos escaparon en lo pronto de la muerte, no escaparon de la prision; merézcamos una memoria el ascético europeo *D. José Miguel Carrica*, á quien cuando desnudaron los indios, le hallaron el cuerpo ceñido con fuertes cilicios, hecho que los hizo arrepentir de haberle dado muerte, verificándose en él lo que el poeta dijo en estas sencillas palabras. . . . *Nulla salus bello:* este azote de la cólera del cielo se rebata á lobos y corderos. *D. José Valenzuela*, natural de Irapuato, mostró tanto valor, que habiéndose quedado á caballo fuera de la Alhóndiga recibió un garrotazo de los indios sobre quienes descargó sus pistolas: tiró del sable con el que mató á muchos; subió y bajó tres veces la cuesta de *Mendizabal*: sus enemigos metiéndole dos lanzas bajo de los sobacos, lo arrancaron del caballo, y viendo que ni aun así se rendia, lo llevaron preso y exhaló su último aliento en el camino, repitiendo con todo esfuerzo. . . . ¡*Viva España!*

† Este oficial murió en Yucatán en 1820 yendo á cumplir la comision que le dió el virey conde del Venadito para que aquella provincia pidiera ser gobernada sin la constitucion española como pretendia el rey Fernando VII.